

porcionar informes al enemigo; otro temor no menos grande era el de espantar al público ó hacer llegar hasta el soberano verdades desagradables. En una ocasión en que el general Ducrot, al escribir al general Fleury, había formulado previsiones muy sombrías, este último le respondió: «No me he atrevido á enseñar vuestra carta al emperador por miedo de afligirle.» ¡Cuántos, siguiendo este ejemplo, procuraban hablar bajo ó se dedicaban á callar! Unos, por bondad de corazón ó por afecto, no querían desvanecer las ilusiones del soberano; otros habían estudiado á fondo las Cortes y sabían que en ellas el gran arte consiste en no decir más que las cosas que gustan.

La principal dificultad con que topaban los reformadores era que tenían que luchar contra todos los optimismos. Existía el optimismo de los *Comités*, compuestos de hombres muy íntegros, muy inteligentes, pero inteligentes á tenor de las enseñanzas de su juventud que no habían tenido á bien dar á conocer; doblemente confiados, así por el recuerdo de los pasados triunfos como por ignorancia de los perfeccionamientos extranjeros, juzgaban excelente la caballería, excelente el estado mayor, excelente la artillería. Había también el optimismo de las fórmulas que por rutina proclamaban eminentes á todos los generales, magníficos á todos los regimientos é intangible á toda la legislación militar. Y había, finalmente, el optimismo de las tradiciones: desde hacía cincuenta años, la idea de todas las defensas que cubrían nuestro suelo infundían una gran seguridad: el enemigo, para invadir el territorio, había de atravesar el Rhin y luego apoderarse de la formidable Estrasburgo, sin hablar de Metz, más formidable todavía, detrás de las cuales se alzaba después la cordillera de los Vosgos con sus desfiladeros fortificados. Toda esta enseñanza formaba parte de la educación nacional y habría parecido una blasfemia creer que Francia, protegida por tantas barreras, estaba mal defendida.

El mariscal, en su calidad de jefe del ejército, podía hacer caso omiso ó reducir al silencio las objeciones militares; pero aquí surgía el segundo obstáculo: no había reforma que no debiera traducirse en un gasto; y en este punto de la labor aparecía el Cuerpo legislativo, dueño de votar ó de negar los créditos.

En los comienzos del reinado, los diputados todo lo habían concedido; ahora, en el ocaso del mismo, se arrepentían de su docilidad. Mas los accesos inoportunos de parsimonia son á veces peores que los arranques de la profusión; y así sucedió en aquel final del imperio.

En el Palacio Borbón hubo como una consigna de perseguir y denunciar en todas partes las superfluidades militares, entendiéndose por tales los uniformes costosos, los caprichos caros, todo lo que era para ostentación más bien que para combate; y el mismo celo se empleó en investigar todas las ruedas inútiles, como comandantes de pequeñas plazas fuertes consideradas como indefendibles, porteros encargados de guardar puertas que ya no se cerraban, empleados adscritos á la comprobación de un material inútil. Los más audaces incluían también en el número de superfluidades la guardia imperial, de la cual se decía que si proporcionaba una reserva al ejército era tomando de éste sus mejores elementos.

Si el afán de reforma se hubiese limitado á estas medidas parciales, habría merecido elogios; pero por desgracia el espíritu de economía alcanzó á aquellas cosas en que la economía había de ser más funesta. Entre el gobierno y la comisión del presupuesto la lucha era continua: habiendo el ministro de la Guerra colocado 15.000 caballos en explotaciones agrícolas particulares, varios diputados, deseosos de disminuir aún más los gastos, propusieron aumentar el número de aquellos y costó gran trabajo conseguir que su proyecto fuese rechazado; y habiendo Niel pedido 14 millones para la organización de la guardia móvil, sólo le fueron concedidos cinco. Asimismo se redujeron los créditos relativos á las reparaciones de las plazas fuertes, á la artillería y al armamento. Un motivo que todos evitaban hacer público fortalecía las resistencias, y era que muchos diputados, aun entre los más fieles, habían perdido su confianza en el emperador, y desesperanzados de poder comunicarle su prudencia, creían que limitándose los recursos le quitarían los medios de extraviarse.

Y como todo se volvía en contra nuestra, hasta las enseñanzas que habrían debido ilustrarnos contribuyeron á aumentar los errores. Hay algo más peligroso que ignorar las instituciones de los pueblos extranjeros, y es conocerlas á medias; y esto fué lo que le ocurrió á la Cámara francesa respecto de las instituciones alemanas. En el Palacio Borbón sabíase, pero muy en globo, que el ejército prusiano se basaba en una organización muy ingeniosa que, sujetando á los soldados á un servicio de mediana duración, permitía encontrar para el día del combate toda la nación armada; y los diputados, no tomando de estos ejemplos más que lo que gustaba, se figuraban, mejor dicho, consiguieron figurarse que la más corta permanencia en las filas bastaría para la instrucción militar. De aquí el propósito, no de modificar la ley de 1868, sino de suavizarla por la multiplicidad de las licencias, lo que produciría un triple beneficio al presupuesto, á las familias de los soldados y á los diputados mismos que con ello gozarían de más favor entre sus comitentes. Esta idea, inspirada en las mejores intenciones, propagóse como por contagio, y Niel, aunque muy á pesar suyo, hubo de ceder á la corriente, declarando en 20 de marzo de 1868 en el Senado que el número de soldados con licencia temporal por seis meses sería de la cuarta parte del efectivo en el segundo año de servicio, de una tercera parte en el tercero, de dos quintos en el cuarto y de la mitad en el último. Esta concesión aún pareció insuficiente, y tres meses después, con ocasión del presupuesto rectificativo de 1868, la comisión del Cuerpo legislativo propuso una reducción de un millón en los haberes y, por consiguiente, un aumento de licencias, enmienda que fué tomada en consideración no obstante la resistencia del ministro. Andando el tiempo, las exigencias aumentaron, y por este solo concepto los efectivos experimentaron una reducción de una tercera parte aproximadamente. Sucedió, pues, que existió un ejército numeroso, pero en el papel únicamente, y careciendo de esa fuerza que se obtiene del servicio general, se debilitó esa otra fuerza que proporciona el servicio de larga duración.

Esta conducta del Cuerpo legislativo ha sido duramente calificada; pero tal juicio para ser equitativo ha

de suavizarse con alguna indulgencia: aquellas resistencias eran expresión fiel de los sentimientos del país, y en éste encontraban los planes de Niel el último y principal obstáculo.

Ese pueblo, á quien un destino invencible arrastraba á la guerra, sentíase por todas partes dominado por las influencias pacíficas: los ferrocarriles, la libertad comercial, los escritos de los economistas, los mismos discursos del príncipe, todo invitaba á las naciones á aproximarse unas á otras. Y en estas informaciones agrícolas, en los debates industriales, en los programas electorales, formulábase una misma petición, la de que se aligerara el servicio militar; de suerte que la obligación que muy pronto había de ser la más urgente aparecía como una exigencia anticuada.

Se ha hecho notar con frecuencia que la época que más multiplicó las fórmulas sentimentales, que mejor saboreó la poesía pastoril, fué la que precedió á la Revolución. Algo parecido se observó en las proximidades de 1870: nunca las máximas de fraternidad universal fueron más celebradas que en vísperas de la guerra; y en las conferencias públicas era un medio seguro de obtener un aplauso encomiar la solidaridad de los pueblos, recurso que daba casi tan buenos resultados como las alusiones al 2 de diciembre. Los viejos moldes eran rotos con verdadero entusiasmo: en el campo de Châlons, en junio de 1868, el emperador, con ocasión del aniversario de Solferino, se aventuró á ensalzar «el espíritu militar,» y esta frase desentonó como expresión de una idea caducada. Sin embargo, el humanitarismo no había destruido el patriotismo exaltado, y la mayor prueba de éste era creer que bastaba que Francia no quisiera la guerra para que estuviera asegurada la paz.

En aquel entonces se formó con el nombre de *Liga internacional de la paz* una asociación consagrada á combatir el azote de la guerra, en la cual ingresaron los hombres más respetables, economistas, profesores, industriales, sacerdotes católicos y ministros de los cultos disidentes, y cuyos promovedores principales fueron los Sres. Juan Dollfus, Miguel Chevalier y Federico Passy. Celebráronse dos congresos, uno en 1868 y otro en 1869, en los que se protestó contra el sistema de la paz armada que abrumaba á las haciendas de todos los Estados y se estudiaron con laudable celo los medios de realizar la fusión de los pueblos. En el estrado, al lado de los pastores protestantes y de los rabinos israelitas, estaban sentados el P. Deguerry y el P. Jacinto, quien tomando la palabra al final de una de las sesiones del congreso de 1869, opuso al Dios feroz á quien se denominaba *Dios de los ejércitos*, otro Dios, el Dios de luz y de perdón, el Dios del Evangelio, el Dios que había pronunciado aquellas palabras, aplicables lo mismo á las naciones que á los individuos: *No matarás*.

Durante el verano de 1869, las fiestas del centenario de Napoleón I permitieron apreciar las transformaciones del sentimiento nacional: el público contempló con frialdad las pompas oficiales y contó con solapada indiferencia las demostraciones de la munificencia imperial; en los cuadros de guerra y de batalla se prescindía de sus aspectos luminosos para ahondar en los aspectos tristes; y se describían «esos destacamentos de quintos, ni alegres ni tristes, pero resignados, que se veían pasar y á quienes se saludaba como se saluda un entierro que

se encamina al cementerio.» ¿Quién hablaba en estos términos? No era un enemigo del Imperio, sino Julio Janin en el folletín de los *Debats*. En el entretanto, la filosofía y la historia se dedicaban á recomponer la imagen del gran emperador y á poner de relieve, en el guerrero poderoso, al despreciador de la moral y de los hombres. Esta severidad era justa, pero también ¡cuán inoportuna! Ya Lanfrey había desarrollado estas ideas, que Littré reprodujo con singular energía en la *Revue positiviste* (1). En otros, la tesis adquiría mayor realce mediante un hábil paralelo que oponía á la implacable dureza de Napoleón I los sentimientos generosos del tercer Napoleón. Por debajo de la crítica asomaba la adulación y se formulaba una discreta invitación al soberano para que prescindiera de su origen, para que no se sacrificara más por su nombre, y para que, al final de su reinado, se mostrara tal como era, príncipe humanitario.

Mientras en las clases ilustradas circulaban estas corrientes, la demagogia trabajaba á su modo para debilitar el sentimiento militar, introduciendo en los cuarteles los periódicos que predicaban la indisciplina, atrayendo á los soldados á las reuniones públicas, intentando reclutarlos para las logias, y dirigiendo poco después proclamas á los quintos excitándoles á la desobediencia de las leyes. De manera que las antiguas instituciones eran objeto de un doble ataque: el de los teóricos que, queriendo la paz y creyendo sinceramente en ella, consideraban poco prudente conservar un instrumento inútil; y el de los hombres del desorden que, destruyendo la fuerza pública, aspiraban á asegurarse licencia plena para destruir luego á la misma sociedad.

Sin embargo, de cuando en cuando sonaban ruidosamente algunas notas belicosas, pues no faltaban periodistas dispuestos á empujar al país por el camino de las aventuras. El más exaltado de ellos era Emilio de Girardin, cuyos apasionados artículos insertos en *La Liberté* no han olvidado sus contemporáneos. Girardin recordaba la frase de Napoleón I: «Francia sin los departamentos del Rhin, sin Bélgica, sin Amberes, sin Ostende, no sería nada;» y según él, á la unidad geográfica de Alemania, limitada por la orilla derecha del Rhin, convenía oponer la unidad geográfica de Francia extendida hasta la otra orilla de aquel río. No negaba que esta política conducía á la guerra, pero esto no le arredraba: «Si Europa necesita una ducha de sangre, decía, que se le dé esta ducha;» y esta paradoja tan atrevida, esta jactancia tan loca, acababan de desorientar los ánimos. Para colmo de confusión, el periodista se apresuraba, de paso, á quitar fuerza á su propia tesis: el servicio militar le parecía «una trata de blancos,» y también él deseaba el desarme; si quería una última guerra era para asegurar una paz perpetua. Y de esta suerte salía de la utopía de la conquista para caer en la otra utopía del abrazo universal (2).

En medio de estas resistencias trabajó Niel durante dos años, pudiendo observarse en sus discursos huellas de encontrados sentimientos: en ciertos momentos le

(1) Septiembre-octubre, 1869.

(2) Véase *La guerre fatale*, colección de artículos del Sr. Girardin, págs. 22, 55, 79. — Respecto de este estado de los ánimos al final del Imperio, puede consultarse con gran provecho la notable obra de Jorge Goyau, *L'humanitarisme et l'idée de patrie*.

abrumaba la carga que sobre él pesaba, y en aquellos momentos de cansancio moral solía vislumbrar perspectivas muy sombrías. Un día en que se pidió en el Palacio Borbón la supresión de las servidumbres militares que existían alrededor de París, hizo suyas las palabras de Vaubán á Luis XIV y replicó con tristeza que «los acontecimientos estaban sujetos á mudanzas y que era preciso prever la adversidad y preparar la defensa aun en el interior de Francia.» A estos desalientos sucedían arranques de confianza, y cuando se hallaba bajo esta impresión, empleaba un lenguaje de un plomo que llegaba á la infatuación. El día 7 de julio de 1868, decía en el Cuerpo legislativo: «Os declaro que, si llegase á ser necesario, ni uno solo de los hombres que han de figurar en nuestro ejército dejaría de estar incorporado en un plazo de doce días;» y en 12 de abril de 1869 expresábase en términos no menos arrogantes: «En la actualidad, que tengamos paz ó que estemos en guerra, al ministro de la Guerra le da lo mismo, porque á todas horas está preparado.» El mariscal estaba en lo más fuerte de su labor cuando le sorprendió la muerte en agosto de 1869. Este fin prematuro ¿fue cruel ó clemente para su fama? Muchas veces se ha dicho hablando de la política imperial: «Los grandes errores se habrían evitado si Morny hubiese vivido;» en lo militar, análogo homenaje póstumo se ha tributado con frecuencia á Niel. Sólo Dios conoce estas cosas; y la historia vivida contiene ya bastantes secretos para que no se añadan á ella los misterios de la historia conjetural.

¿A quién iría á parar la pesada herencia? En el mes de septiembre de 1869, el general Lebœuf se instaló en el ministerio de la Guerra, adonde llegaba con el recuerdo de la carrera más brillante y con la fama de la más perfecta integridad. Lo mismo en el ejército que en el Cuerpo legislativo, la voluntad imperiosa de Niel había quebrantado en buena parte las objeciones; con su sucesor, más accesible y de voluntad menos firme, prodújose una especie de relajación y renacieron todas las resistencias, con lo cual experimentó un retardo la obra comenzada. Varias comisiones dejaron de ser convocadas, especialmente la de ferrocarriles (1); varios reglamentos fueron derogados; abandonáronse ó poco menos los mediocres ensayos para la organización de la guardia móvil, y la consigna fué proclamar que la prudencia aconsejaba dedicar al ejército activo los recursos hasta entonces consumidos en pruebas estériles. Finalmente, al cabo de poco tiempo empezó á hablarse, bien que muy vagamente todavía, de algunas reducciones en los efectivos, y se dijo que con ello no se disminuirían sensiblemente las fuerzas materiales y que, en cambio, sería considerable el efecto moral que esta medida causaría en Europa. Bajo estos auspicios comenzó el año 1870.

## IV

La misma vigilancia que buscaba soldados buscaba aliados también. Apartada Rusia desde la insurrección de Polonia y mostrándose Inglaterra indiferente en las cuestiones continentales, sólo quedaban dos alianzas posibles: la de Austria y, subsidiariamente, la de Italia.

¿Se triunfaría en Viena? Entre Francisco José y Na-

(1) Véase general Jarras, *Souvenirs*, pág. 19.

poleón III había la sangre de Solferino, había la conducta equívoca de 1866 y había Maximiliano, comprometido y abandonado. A pesar de estos recuerdos, la inteligencia no pareció desde luego irrealizable. En 1867, el emperador de los franceses había ido á Salzburgo, donde trazó, aunque con cierta vaguedad, las primeras líneas de los acuerdos futuros. Dos meses después el emperador de Austria había visitado la Exposición, sembrando en su camino palabras muy confortantes. Hablando en Estrasburgo con el general Ducrot, le había dicho, según afirman: «Espero, general, que un día marcharemos juntos.» Y en París, en un discurso pronunciado en la Casa consistorial, había hablado de Francia como se habla de una nación amiga.

Lo que aumentaba las esperanzas eran las aspiraciones del hombre que dirigía la política austriaca. El señor de Beust, primer ministro de Francisco José, se distinguía por su odio á Bismarck, en quien veía á un rival. Era un personaje hábil y activo, al decir de sus amigos; agitado, al decir de sus adversarios, impaciente por desempeñar un gran papel, inconsolable de que este gran papel hubiese sido usurpado por otro. Con una imaginación inquieta no pensaba más que en la regeneración de su país y en la revancha de 1866, y ninguno de estos designios era realizable sin Francia.

Mientras este hombre gobernase el Austria, era de prever que surgirían incidentes entre las dos potencias alemanas. Los incidentes no faltaron. Surgieron á propósito de la hospitalidad que la corte de Viena concedía al rey Jorge, surgieron con motivo de los pasaportes hanoverianos. El lenguaje provocador de la prensa prusiana respecto al jefe del gabinete imperial dió lugar á otra querrela. Mientras tanto, los beligerantes de 1866 procedían, cada cual para su país, á trazar la reseña oficial de la campaña, y estas publicaciones despertaban dolorosos recuerdos y suscitaban irritantes debates. Luego vino la cuestión de los ferrocarriles belgas. El Sr. de Beust emitió el parecer de que el gobierno del rey Leopoldo podía, sin faltar á su dignidad y sin peligro para él, ceder á Napoleón: de ahí un gran descontento en Berlín (2). Con una satisfacción disimulada aunque muy natural, Francia enumeraba los disencuentros. Todo lo que separaba Austria de Prusia acercaba la corte de Viena á la corte de las Tullerías.

El más celoso en anudar la inteligencia era nuestro embajador, el Sr. duque de Gramont, el cual odiaba también á Bismarck. Su elevada alcurnia le había valido numerosas relaciones en la aristocracia vienesa, donde había recogido contra Prusia expresiones irritadas ó belicosas y, apoyándose en este lenguaje sin tener siempre en cuenta la exageración ó la cólera, se había afirmado en sus propias convicciones. En su correspondencia ponía hábilmente de relieve los intereses comunes de ambos pueblos, señalando con extrema vigilancia los indicios de tensión entre Berlín y Viena. En las Tullerías, Austria aparecía siempre como una potencia de antiguo régimen y, por tanto, se vacilaba algo en unirse á ella. En sus despachos, el Sr. de Gramont procuraba disipar estas prevenciones: hacía valer las tendencias liberales que prevalecían cada vez más entre los consejeros de Francisco José, y se apoyaba en el testimonio

(2) Véase *Mémoires* de M. de Beust tomo II, pág. 211.

del príncipe Napoleón, quien, en una reciente visita á Viena, había observado este cambio. Inspiraba al gobierno de París las diligencias afectuosas, las atenciones delicadas que cimentarían la unión entre ambas cortes. Como la emperatriz de Austria estaba á punto de ser madre, el duque telegrafió en 21 de abril de 1868: «El Sr. de Beust me ha insinuado que Sus Majestades austriacas se alegrarían mucho de recibir una carta de Sus Majestades en el momento del parto.» Poco tiempo después, en un largo despacho, precisaba en lo posible las disposiciones del gobierno vienés: «El barón de Beust y el emperador de Austria, escribía, desean mantener y aumentar sus buenas relaciones con Francia, pero creen necesario no darles el carácter exterior de una alianza política ofensiva y defensiva en previsión del porvenir.» Esto dicho, el embajador se apresuraba á atenuar la impresión de desengaño que esta información había de producir: «El Austria, continuaba escribiendo, no dejará violar el tratado de Praga en provecho de Prusia y resistirá á la anexión del Sur; no ha renunciado á ocupar un puesto en la patria alemana... Para realizar este programa, el gabinete de Viena llama en su ayuda el concurso de las fuerzas morales sobre que puede contar para disgregar la obra prusiana; se fortifica en el interior; enarbola la bandera del liberalismo alemán; organiza las fuerzas materiales del imperio para el día en que haya necesidad de combatir. Entonces se formarán las alianzas y éstas serán leales (1).» Al principio de 1869, el embajador empleaba un lenguaje casi igual. Convenía «en que el Austria era más ajena que nunca á toda idea belicosa.» Pero ¡qué estímulos no contenían las líneas siguientes! «Puedo decir que antes de seis meses no es posible hacer la guerra. Y dentro de seis meses Prusia no será más fuerte, mientras que la monarquía austro-húngara lo será mucho más.» La política de acción parecía, pues, no descartada, sino aplazada, y, bajo una forma negativa, casi se parecía indicar la duración del plazo. Como para fortalecer las esperanzas, el duque de Gramont repetía las conversaciones de los salones: «Me dicen: «Prusia no espera más que un pretexto y nosotros no estamos preparados; de modo que os encontraréis solos; esperad aún: pronto seremos dos, si queréis...» No hay nada oficial en estas palabras, añadía el duque de Gramont; pero traducen con fidelidad los sentimientos cuya expresión recojo sin cesar (2).»

Transcurridos dos años en estas mutuas coqueterías, hubo que salir de los prolegómenos, y entonces comenzaron los apuros. Hay libros que son todo prefacio. La alianza franco-austriaca fué uno de esos libros.

Cuando Austria pensaba en la magnitud de sus desgracias, se apoderaba de ella un inmenso deseo de revancha. Pero, en medio de sus más ardientes aspiraciones, se alzaba ante sus ojos la imagen de la derrota posible: ya no sería la disminución de fuerzas como en 1866, sino el desmembramiento. Ante semejante perspectiva, el temor de perderlo todo aplazaba el designio de recobrarlo todo.

Cuando los hombres de estado vieneses calculaban

(1) Despacho del 8 de agosto de 1868 (*Correspondencia inédita*).

(2) Despacho del 24 de febrero de 1869 (*Correspondencia inédita*).

todo lo que les aproximaba á la corte de las Tullerías, repetían estas palabras de María Teresa: «No hay que pensar ya más en las viejas preocupaciones que nos separan de Francia; seremos derribados uno tras otro si no nos unimos.» Sin embargo, la reflexión volvía á presentarles la mano de los Bonaparte en todas sus desgracias, y estos pensamientos aflojaban los lazos dispuestos á estrecharse.

Soberano alemán, el emperador Francisco José sufría con impaciencia que Alemania se hubiese constituido sin él y contra él; pero representaba intereses complejos, puesto que tenía súbditos de toda nación, tcheques, polacos, ruthenos, croatas, italianos, rumanos y húngaros. Estos pueblos no tenían injurias que vengar y les importaba poco la hegemonía germánica; la Hungría hasta era muy hostil á la idea de una guerra que, en caso de victoria, hubiera aumentado la influencia del elemento cisleitano.

La aristocracia y el partido militar deseaban una política de acción; pero el estado financiero, los amargos recuerdos de las últimas luchas, las tendencias de la prensa, casi enteramente en manos de Bismarck, todo mantenía en las masas la idea de la paz.

A esto se añadían las sugerencias de una política muy refinada. Había que mantener á la corte de las Tullerías en la idea de una alianza; si no, la Francia, desalentada por la parte de Viena, podría hacer una brusca evolución hacia Prusia. Pero ¿era prudente ir hasta los acuerdos positivos? ¿La mayor habilidad no consistiría en ofrecerse sin entregarse, en hacer alto en el terreno un poco vago de las semiseguridades, y sobre todo en dar largas á los compromisos escritos? Un temor dominaba además entre los consejeros de Francisco José, y era el de que á una alianza entre Viena y París siguiese inmediatamente otra entre Berlín y San Petersburgo. La aprensión, lejos de ser quimérica, se fundaba en las propias declaraciones del príncipe Gortchakof. «No tenemos alianza con Prusia, decía en 1869 el príncipe al Sr. de Beust; pero no nos hemos obligado á no contraerla en lo porvenir. Por ejemplo, añadía con marcada intención, si estallase una guerra entre Francia y Prusia, y si ésta tuviese que contaros entre sus enemigos, nos reservaríamos nuestra libertad de acción.—Y *viceversa*,» replicó vivamente el Sr. de Beust, celoso de estipular en provecho de su país la misma libertad (3).

Esta complicación de sentimientos é intereses presagiaba dificultades quizá insuperables. Si la inteligencia entre dos ofrecía tales obstáculos, ¿cuál no sería, para una inteligencia entre tres, el aumento de las dificultades! Sin embargo, surgió la idea de asociar Italia á la combinación franco-austriaca. En apariencia, era anudar contra Prusia una especie de coalición. En realidad, era transformar una obra difícil en una empresa casi imposible.

Para ello había que fundir juntos á todos los que, en el pasado, se habían combatido. El Austria, arrojada de la Península, tenía que dar la mano á los que la habían expulsado de ella. Entre Francia é Italia había la sangre de Mentana, y había Roma que Víctor Manuel acechaba y que Napoleón no podía entregar. El pueblo austriaco, por necesidad de situación, y el pueblo ita-

(3) Correspondencia del Sr. duque de Gramont.